

á esos que han envejecido en obstinada juventud de espíritu, á esos que son viejos en la brega y que, siempre animosos, desafiaron ó desafían la suerte adversa, los anatemas y las persecuciones del poder. ¿Cuál de esos *hombres nuevos* puede citársenos ahora como capaz de entrar en lisa? Cuando la influencia del político no se externa, ya él, como político, no existe. O pasó el momento en que fué útil, necesario acaso, ó perdió la virtualidad que le dió vida. Muerto, vaya su momia al hipogeo con toda pompa; vivo, vaya él á Yuste á componer relojes. Pero no puede alzarse la candidatura de una momia ni pretenderse que entre en lid un pobre enfermo.

Por ahí, pues, por los confines del pasado, no hay ningún hombre nuevo. Los veteranos de la libertad, los que no han perdido su denuedo ni su patriotismo, los que no se engríen con el ocio ó, por maltrechos se retiran del combate, están al lado del señor General Díaz, pues, si no lo estuvieran, diríanlo con patriótica energía, so pena de pasar por afeminados ó caducos.

¿Cuál es, en consecuencia, el hombre nuevo? ¿El que nada ha hecho, el desconocido, el Juan Diego ó Juan Lanás, que aguarda alguna sobrenatural revelación? Como ese habrá muchos; pero la Nación no es una prostituta que se va de bracero con el primer desconocido á quien encuentra. Definamos:

El hombre necesario es un hombre á quien necesitan ciertos periodistas para escribir editoriales. El hombre nuevo es un viejo inservible ó un muchacho de escuela.



LA PIEDAD SUPREMA.

Hay un monstruo que devora más víctimas que el fabuloso toro de Creta; un monstruo que, á modo de los vampiros, chupa la sangre de los niños, desgarrar el pecho de los cazadores, como el tigre, y pasea por una alfombra de osamentas humanas, como el rinoceronte que se venera en la isla Java. Este monstruo es la compasión. Como el gato de los egipcios, este monstruo tiene porción de adoradores y fanáticos que peroran esforzadamente en la tribuna, se estremecen de indignación en los corrillos y escriben sueltos en los diarios: cuenta con ejércitos disciplinados y provistos de armas; con grandes máquinas destructoras, arietes, cañones Krupp, torpedos, ametralladoras y hasta editoriales. En nombre de ese dios que se nutre de carne humana y bebe sangre fresca, se perdona á todos los honrados asesinos que por un resultado de su idiosincracia, matan, descuartizan, tasajan, y luego dan cinco centavos al primer limosnero que tiene la buena suerte de encontrarlos. Es ya tiempo de echar abajo ese ídolo empapado en sangre humana y de bailar en torno de su cuerpo muerto, como quería Paul de Cassagnac que se bailase sobre el féretro de Thiers.

Yo jamás negaré que llorar en un drama de Zorrilla, y sentir desfallecimientos de congoja porque el canario amaneció muerto en la jaula, es una prueba de sensibilidad que honra muy mucho á las colegialas y á los comerciantes de abarrotes.

No tengo mayor empeño en que las niñas sensibleras guarden el

caudal rico de sus lágrimas para ocasiones más propicias: en lo que sí tengo serio y decidido empeño es en que esos dolores prematuros y esos llantos copiosos no detengan el brazo de la justicia, como acaece muy á menudo, y nos dejen á merced del primer desalmado, que, gracias á la conmiseración de unas cuantas costureras y otros tantos periodistas, sale de presidio con el honesto fin de hacer tales proezas, que dejen boquiabierta á media humanidad.

Apenas se comete un crimen de cualquier linaje, y pasado el primer instante de terror, luego que el delincuente se halla á buen recaudo, contando las horas que le faltan para pagar en la horca sus desmanes, la compasión determina un movimiento retrógrado, y el culpable ve rodeada su cabeza por la aureola de los mártires. Los que abogan por él ante los jurados, no limitan su defensa á buscar é inquirir las circunstancias que pueden atenuar la gravedad del delito cometido, sino que procurarán á toda costa librarle de toda culpabilidad, y hasta llegan á declarar que es casi un santo. Cuando yo salgo de un jurado, después de oír la vehemente peroración del defensor, siento impulsos de ir á arrojarle á los piés del reo, besar la orilla de sus pantalones, pedirle una reliquia de su traje y permanecer ocho días arrodillado en su presencia, como los peregrinos ante el sepulcro de Mahoma. Decididamente, mientras no robe el reloj de algún amigo; mientras no escale una casa, maniate á los criados y despoje á los dueños de sus muebles; mientras no cometa un simple asesinato, un vergonzante plagio ó un humilde incesto, no podré aspirar á los laureles de la fama, ni seré hombre honrado.

En bien de la sociedad, que no debe enterarse todavía de moral tan pura, quisiera yo que los jurados se verificaran á puerta cerrada. Lo que allí se oye y se dice, debe trastornar los principios morales de esas buenas gentes que saben de memoria el catecismo de Ripalda, y creen con bonachona credulidad que robar, cometer asesinatos y otras lindezas de esta ralea, es infringir la ley de Dios y merecer las penas del infierno. Allí la severa voz de los togados les enseña que nada más los hombres de corazón son criminales, porque si faltaba pan en su casa y fuego en su cocina; si los niños gemían y el hambre encajaba sus agudas uñas en el cuerpo de la esposa, ¿qué mucho que salieran á la calle para matar al primer transeunte, inocente de toda esta miseria, pero culpable al fin, como lo es ante todo desarrapado, el que come, digiere, duerme y no padece frío? Yo, que estoy muy lejos de ser un sabio y tuve la estupidez de no cursar de-

recho, concedo sin dificultad la heroica virtud de todos esos criminales: no quisiera, sin embargo, que mi portero se enterase de estos grandes principios y me diese muerte una noche, al volver yo del teatro. ¡Dios me tenga de su mano!

Y lo grave es que mi portero puede ser jurado. Y hasta puede imaginarse algo peor: que está loco. Y así como antaño á los endemoniados los llamaban locos, ahora á los locos llaman santos. Un demente es el virgen Juan. De modo que, si mi portero me asesina, es probable que mis hijos se vean obligados á venerarlo mientras viva y á pedirle mercedes cuando muera.

Lombroso—circunstancia que no honra á los criminalistas mexicanos, porque Lombroso es el Julio Verne de la teoría que alegan—viene siendo el caballo de batalla, el *comodín* de todas las defensas.

Mucho antes que Lombroso, había dicho el Padre Ripalda:

—¿Qué cosa son pasiones?

—Impetus ó turbaciones interiores que nos ciegan.

De manera, que ciertos criminales para Ripalda son ciegos moralmente y, para Lombroso, locos, lo que equivale á lo mismo. Lo nuevo es que á esos ciegos ó á esos locos se les dé patente de Santidad. Día llegará en que el defensor de un parricida—ó el Ministerio Público—diga al Tribunal:

—Es verdad, fué asesino; pero tened compasión de él; ¡es huérfano!

Si casi todos estamos locos, como aseguran los sabios, es necesario que unos locos nos cuidemos de otros más furiosos, tomando ciertas precauciones. Víctor Hugo, según las doctrinas de Lombroso, era loco también. Pero él hacía versos, no hacía crímenes. Sarah Bernhardt es otra loca, pero que sólo mata, admirablemente, de mentira. De los locos que matan de verdad, es de los que tenemos que cuidarnos.

Y siguiendo como vamos, va á resultar exactísima la frase célebre:

«Un manicomio es una casa en que se encierra á algunos locos, para hacer creer á todos los demás que están cuerdos.»





TRES CARTAS DE PEDRO RECIO.

PRIMERA CARTA.

Es curioso hacer la lista de los intereses sociales, de los intereses honrados, de las colectividades respetables, de los individuos ilustres, cuya externación política, económica y moral se halla en ciertos periódicos. A todas esas honorables personas que hacen oficios de pregoneros en el gremio; á todos esos grandes publicistas les caracteriza una condición indispensable: la pobreza. Son muy populares; pero nada ganan. Y no son pobres porque hayan hecho voto de castidad económica, jurando no tener en vida ningún contacto con la plata; no son pobres por exceso de hidalguía de pundonor castellano; algunos como Hernani, el del *honor español*, roban cuanto pueden; otros nostálgicos, sienten la «tristeza del bien ajeno,» y en una palabra, todos son pobres por fuerza, como era médico por fuerza el famoso personaje inventado por Molière y traducido á palos por Don Leandro Fernández de Moratín. ¡No! Esa «santa pobreza» celebrada y amada por el mendicante de Asís; esa á la que está ofrecida el reino de los cielos, no es á la de esos caballeros sin caballo y sin caballerosidad que suelen caballear en los *caballitos* de la prensa de á centavo, y hasta entrometerse en los pelotones rurales de algún diario.

Son pobres no recibidos, no profesionales. Todo lo ejercen sin título: fungen de filósofos, sin ser siquiera espiritistas; de políticos, sin conocer de la política más que á las respetables mamás de sus respectivas señoras; de financieros, sin haber logrado, al menos, algún

título en esa Tlaxcala de la Economía política que se llama la *Semana Mercantil*. Pero aquí en donde el bagazo de la *Civiltá Cattolica*, exprimido por el padre Larra todavía moja algunos entusiasmos; aquí en donde es poeta todo aquel que suspira en ocho sílabas; aquí en donde el agua falta á su deber no buscando su nivel en las azoteas de las casas; aquí tales señores, los que buscan el pan y el vino de cada día, pasan por escritores, y algunas veces por ilustres. En ellos sufre la sociedad como sufrió en Jesús la humanidad entera. Al que no paga lo que debe le llama el acreedor: tramposo. A estos cuando deben y les cobran se les llama: mártires. Ya no sólo hay mártires del cristianismo y mártires de la libertad y mártires de Tacubaya: ahora tenemos mártires de la quinta calle del Zacate, vivienda número sesenta y nueve; y mártires de la plazuela de Tepito, accesoria letra H.

Esos representantes de la Sociedad, de las libertades públicas y del género humano, suelen cobrar una peseta diaria por ejercer su ministerio. Pertenecen á la categoría de los apóstoles baratos. Encarnan la verdad casi desnuda y la honradez sin colocación. Y su honradez es una solterona á la que nadie ha dicho nunca: ven conmigo.

Pero como ellos no sólo viven, sino que beben también, y como la peseta ó las pesetas es ó son residuo de algún peso, hay que indagar quién fué el dueño de esa moneda primitiva, tan injustamente depreciada en Europa. Ese Mecenas suele ser el anunciante: un señor que desea avisar en verso que expende buenas empanadas de vigilia, aconsonantando el anuncio con la familia del poeta. Por ahí se empieza. Mecenas presta un peso ó fía una lata de salmón: Horacio canta.

Hay otros, súbditos de Su Majestad Católica, que pertenecen á una clase superior. Son puros de vuelta abajo y con anillo. Por la envoltura parecen plateados. Tales nobles arman sus mesnadas para ponerlas al servicio de algún señor feudal que desea congraciarse con su soberano, acudiendo en su auxilio, ó bien intimidarle. La mesnada se forma de gente colecticia; pero el gran capitán, famoso siempre por su manera extraordinaria de hacer cuentas, es un mag-

nate, un prócer, un caudillo . . . ó un obrador de paz en sí, en otros y en cualquiera Paz de no mala figura. Campanone busca á Don Pánfilo, poeta pobre y parecido en aspecto y en aliento á los tubos ventiladores; Don Pánfilo escoge á los comparsas y se representa, con luces de Bengala, el «Sitio de Corinto.»

Si el periódico ataca al Gobierno, hay en esa oposición lo que llamaría Agustín R. González un espíritu bastardo. Se busca una contrata ó algo parecido: se compran artículos baratos para vender zapatos caros al ejército, á la policía, á los huérfanos, á los hospicianos, etc. En el asunto nada tienen que ver la Constitución, ni las leyes de Reforma, ni Juárez, ni Ocampo, ni los muertos ilustres á quienes apelan los vivos para hacer sus negocios. Se trata nada más de hacer dinero.

Otro elemento opositorista, aunque bien pobre, se cifra en algunos individuos que se creen necesarios, indispensables, únicos, omniscientes y todopoderosos. Desde que declaró el Gobierno que habían caducado por falta de cumplimiento las concesiones respectivas otorgadas á esos ciudadanos, su malestar es grande. Se maravillan de que el sol siga saliendo por detrás de Palacio, no estando ellos en Palacio y de que no cunda el pánico á manera del tifo. ¿Cómo, Catilina está á las puertas de Roma y aún se delibera? Catilina ó Catarino ó Catarina ó Caritina no están en la puerta de Palacio, sosteniendo el Gobierno; ¿y hay Gobierno todavía? Esos descontentos, esos necesarios, esos indispensables, lo mismo en México que en los Estados, hacen travesuras de refectorio, que ellos creen conspiraciones contra el orden de cosas sancionado por la nación. Por aquí el pellizco; por allá el garnucho. En vano se les dice, y con verdad, como á Don Juan Tenorio; *el capitán te mató á la puerta de tu casa*. Piensan que continúan viviendo y que se sigue usando, en política, la crinolina, el guarda infante y el frac de botón dorado.

No sabiendo escribir, buscan al muchacho inexperto que de buena fe y por devoción poética á las ruinas, á las noches de luna y á otras cosas inútiles, les consagre sus cantos. Es ya sabido que los jóvenes se enamoran muy fácilmente de las viejas *duchas*.

En este otro elemento de oposición tampoco hay nada que, socio-

lógicamente hablando, constituya una fuerza. Es la pavesa de las velas apagadas en el «tenebrario político» diluída en tinta. Son los necesarios cesantes, los *quebraditos* de la política, enfullinados contra el hombre que por su energía intrínseca gobierna y por las energías nacionales que en él convergen. Hay, pues, en ese elemento ambición personal é impotencia senil.

A esos núcleos de cesantía van algunos que andan sueltos y sin *destino* en las ciudades: el que se enoja con el ministro porque no lo nombra escribiente; el que, por no conseguir la mano, etc., de su novia, á causa de que no tiene tras de qué caerse casado, llama despotista á su gobernador ó al Presidente. Y por desocupados, por biliosos, se dedican á rumiar los *Castigos* de Victor Hugo, en el periodiquito que combate al *cacique* número tantos ó al *tirano supremo*. Es muy lamentable que esas personas no obtengan ningún empleo; pero no es creíble que por esa desgracia el país se insurreccione.

Los fabricantes de candados para el arancel; los politicastros exdifuntos; la sombra de Nino, el alma de Garibay, los que no han llegado á escribientes de oficina y los que aspiran á ceñirse la corona del mártir, sin pasar por el martirio, no son Aquiles, ni Héctor, ni Sansón, ni Rolando. Son costillas empapeladas, y bastante flacas, de fonda de cuarto orden.

* * *

Hay otra oposición,—para seguir hablando de las malas—que se recluta entre las filas ó hilachas reaccionarias. Esta, en parte, se compone de substancias congéneres de la otra. Es su hermana hipócrita. Saca el libro de misa para disimular que va á una cita con el tendero de la esquina. Algunos católicos candorosos se dejan engañar, y pagan los vestidos de la beata buscona pensando que contribuyen para novenarios. Pero la médula de ese periodismo no es *médula de león*; padece de reblandecimiento. El católico en México está tranquilo en la iglesia; está contento en la tesorería; está orgulloso cuando come con algún ministro. Si es diputado, si es regidor, si es magistrado, dice con satisfacción que este gobierno es bueno porque reconoce el mérito de las gentes decentes; y como nadie le molesta, no es ni puede ser un elemento de rebelión.

Sería inútil buscar en las publicaciones mochas el nombre de al-

gún católico ó reaccionario respetable. Todos son en ella escritores de leva, periodistas de la legua, cómicos en cuaresma. El empresario del periódico suele ser una especie de encomendero. El capellán es un padre español. El patrón acaso un fabricante de papel. Y la única bandera que tremolan es la bandera negra del proteccionismo, virtud que no está entre las teologales ni entre las cardinales y que pugna con la caridad, con el amor al prójimo.

Pónganse en un platillo de la balanza tales elementos oposicionistas, y en el otro las fuerzas vivas que sostienen al país. ¿A qué lado se inclinará el fiel?

Ya en otra carta trataremos de si hay y debe haber oposición honrada.





TRES CARTAS DE PEDRO RECIO.

SEGUNDA CARTA.

El llamado *obstruccionismo* es una piedra, y sobre esa piedra no se edificará ninguna iglesia. Es la piedra del indio puesta en medio del carril y que, por lo tosca, la ve desde lejos el maquinista y no perjudica al tren, ni le demora siquiera. Es la pedrada que, cuando más rompe un farol. Pero ese llamado obstruccionismo también es un síntoma. Acusa la necesidad de lucha periodística, la fuerza expansiva de cierta juventud—no representada en el caso por sus entidades conspicuas,—que anhela renovar el aire de la vida pública, trayendo nuevos elementos para ponerlos á servicio de la causa del orden. ¿Por qué las individualidades salientes de esa generación no son obstruccionistas? Porque entienden, y con justicia, que lo conveniente y lo patriótico no es entorpecer, sino sugerir. Esta sugestión de ideas nuevas, que la selección depurará, es la indispensable para la buena marcha del Gobierno. Es la que él pide, porque es honrado. Es la que nos obliga á darle, imprescindiblemente, la honradez.

El Estado—y ahora lo personifico,—no es un ser omnisciente, no tiene el don de obicuidad, no ciñe á su cabeza la tiara del pontífice infalible, no está sujeto á la tiranía del dogma; carece de los cien ojos de Argos y de los cien brazos de Briareo, pero sí debe tener las cien puertas de Tebas para que por ellas entren cada día todos los productos de la inteligencia y de la voluntad.

El Estado es la cifra del esfuerzo colectivo, y cuando éste resulta

débil, natural es que decaiga la acción gubernativa, como se para la máquina si el vapor le falta. Estamos siempre en campo de batalla, porque la paz, significando cesación de movimiento, no existe, no puede existir en el proceso social, puesto que no existe, no puede existir en la naturaleza. Todo es actividad, todo es transmutación de fuerzas, todo es, en una palabra, evolución. Los que todo quieren para *hoy* son majaderos, son ilusos, son inútiles. Los que dejan todo para *mañana* son impotentes y estorbosos.

Estando, pues, en campo de batalla, previendo siempre la aparición de un enemigo más ó menos conocido ó totalmente desconocido, es mal soldado el que se duerme, el que se va á la tienda del general para cantarle serenatas, al son de la guitarra, abandonando el puesto que le toca. A cada hora el centinela tiene que dar la voz de *¡alerta!* y eso quiere, eso manda el general, porque confía en sus soldados; porque asigna ó todos el sitio respectivo, subdividiendo el trabajo en las maniobras, y espera que cada uno cumpla con su deber estricta y lealmente.

No puede complacerle ver á todos congregándose alderredor de la tienda de campaña en que él dirige las operaciones. Tendrá su Estado Mayor, tendrá sus lugartenientes y sus oficiales de órdenes; pero asimismo, y por fuerza, necesita tener sus centinelas que le adviertan el peligro próximo, que despierten á los dormidos, y sus consejeros fortuítos, no ligados á él, que más cerca del pueblo puedan con ruda franqueza darle á veces un aviso oportuno.

Dando ahora de mano esta ficción en que el Estado funge de General en Jefe, podemos venir á otro linaje de consideraciones, buscando aún el símil para que la idea sea visible, como Taine lo aconseja.

El Jefe de una nación no puede ser como el *Príncipe Perro* de Laboulaye ni andarse por los barrios husmeando las necesidades y las aspiraciones de los ciudadanos. Al Jefe de una nación es al que más trabajo le cuesta descubrir una verdad, y no porque á él le falte voluntad para oírla, sino porque no se la dicen. Confía en sus subalternos, en sus amigos, y si éstos le engañan ó no cumplen su obligación indagando lo que deben indagar y diciendo lo que deben decir, cometen un abuso de confianza.

El límite que ha de fijarse á la expresión de estas voluntades personales, más ó menos numerosas, es el que importa determinar. Cuando en ellas hay algún interés privado, alguna ambición parti-

cular, su externación en la prensa, en la tribuna, en el corrillo, es necio y puede ser delictuoso. Pero cuando se concretan aspiraciones nobles, cuando se inician proyectos útiles, cuando dentro del círculo de la legalidad se manifiesta un grupo, un individuo con ideas propias, eso ayuda al Gobierno, eso es ser buen soldado, eso es cumplir un deber de partidario y el deber supremo de patriota. Tontería es tener apagadas las lámparas, como las once mil vírgenes y descubiertos nada mas los incensarios.

El peligro siempre existe y con la magnitud de lo desconocido: por eso los auxiliares de la única causa honrada que hay ahora en política, toda vez que tiene ya carácter definitivo el arraigo de las instituciones liberales, tienen el deber de vigilar, de prever, de iniciar, de ir adelante, abriendo mucho los ojos para que no escape á su mirada lo que puede maquinarse en la sombra. Esta es, y será en toda época densa y honda. Por lo mismo se requieren buzos y son útiles á la vez todas las antorchas que se enciendan.

Muchas veces se ha dicho: ¿y por qué esos periodistas iniciadores, cuando son diputados, cuando pertenecen al Senado, no llevan á las Cámaras su iniciación y su empuje? Pues porque el legislador construye; el periodista, siembra. El legislador no puede edificar con aspiraciones; necesita realidades; elementos ya disponibles; en resumen, cantería, ladrillos, hierro, albañiles, artesanos y arquitecto. Querer levantar una fábrica sin piedra, sin cal, sin madera ni operarios, es simplemente insensato, y por eso el legislador prudente, hace lo que puede, reservándose el derecho y cumpliendo el deber de hacer, como publicista, lo que noblemente quiere. Prepara, allana, mueve, empuja el escritor, y cuando se han removido los obstáculos, cuando el camino está allanado, cuando ya hay rieles tendidos para que pase la locomotora y cuando ya hay locomotora, entonces se imprime á ésta movimiento, se le da vapor y se regula su marcha.

De otra manera, el valor es temeridad punible, es ir al descarriamiento, al choque, á la barranca, dejándose llevar por el impulso de un heroísmo imbécil. Eso equivale á pretender ganar la *prima* que el Gobierno ofrece como aliciente al ferrocarrilero que trabaje aprisa y arrojar á la República á un Escontzín político.

El periodista si puede y debe preparar; ese va en la carretilla vigilando los trabajos, y si no advierte el punto en que hay deslaves ó durmientes podridos, para nada sirve.

A la causa general de sostener el orden se supeditan intereses por ella, se sofocan ambiciones. Perturbar es un delito. Ver hacia delante, es una obligación. En el plan general de operaciones todos debemos estar en acuerdo perfecto y bien disciplinados; pero no por ello se nos fuerza á obedecer las órdenes de todos los capitanes, cuando puede presumirse que traicionan éstos ó que interpretan mal mandatos superiores; no por ello hemos de resignar el peso de la responsabilidad que en todos ha de repartirse, en un solo hombre ó en un grupo director. De que el Gobierno admite consejo y advertencias, tiene dadas pruebas. Se agrupan los comerciantes, constituyen una Cámara, hablan claro y en voz alta, apuntando las deficiencias ó las injusticias de una disposición gubernativa, y ésta se enmienda, conciliando los intereses del Erario público con los intereses legítimos de los particulares. Esa Cámara estudia un caso concreto y de su competencia; propone las objeciones que le ocurren á un acto administrativo, y, si éstas son válidas, el Gobierno las atiende.

Los agricultores se reúnen, inician, promueven, y á pesar del natural desbarajuste que ha habido en sus proyectos y polémicas, el Ejecutivo francamente ha expresado su buena voluntad para contribuir con eficacia á que lo proyectado se realice, en cuanto convenga á los intereses nacionales.

Hé aquí lo que resulta del esfuerzo colectivo, lo que no puede ser estéril, lo útil para el país y para el Gobierno mismo. Hé aquí lo que la prensa debe hacer iniciando, sugiriendo, señalando el error que descubra, y dedicándose á estudiar, con ánimo imparcial, determinados puntos. Eso no es obstruir, eso es mover y eso es lo que se necesita.

Ya hemos avanzado en el terreno del libre cambio. ¿Y por qué? Por la cohesión de algunos escritores que han propagado la doctrina. Si esta es oposición, decimos que es honrada, que debe existir, que al Gobierno le conviene y que el Gobierno la pide.

«Lázaro el Mudo» es un drama que está arrumbado en el archivo de D. Gerardo López del Castillo. Hay que hablar; pero hablar alta la frente.



TRES CARTAS DE PEDRO RECIO.

TERCERA Y ÚLTIMA CARTA.

Dije en mi anterior cuál es la forma de la prensa independiente, imparcial y útil. Ahora bien: ¿esa prensa pierde su carácter, pierde su independencia, pierde su imparcialidad, pierde su utilidad cuando recibe dinero del Gobierno? Distingamos: Si recibe ese dinero por cantar himnos á un gobernante, por bailar delante de él como pagada bayadera, por no ayudarle, sino antes bien, cerrar sus ojos, de igual suerte que el ocio se los cerró á Aníbal en Capua, es mercenaria, es vendida y es inútil; pero si la prensa llamada subvenida aconseja al dicho gobernante, le señala escollos, le propone medios de sortearlos, coopera en la común labor social; inicia, promueve y propaga ideas fecundas, honradamente gana lo que gana, llámese quien le proporcione elementos de subsistencia, Gobierno, gremio ó club. En tanto que plantee ó *planee* cosas benéficas, en tanto que impulse con energía y hable con lealtad, esa prensa merece ser favorecida, ya no sólo por el Gobierno, sino por todas las clases sociales inteligentes, por las clases sociales que capitanean la evolución. El Gobierno es un comprador como otro cualquiera, como el empleado católico y *subvencionado* que lee *El Tiempo* y como la garbancera que roba un centavo del *gasto* para comprar *El Monitor del Pueblo*. Yo subvenciono á varios periódicos, no de mi comunión política ni científica, y eso no les deshonorra aunque sí les aproveche. Cada cual compra lo que juzga necesario, utilizable, bueno, bonito ó barato. Todos tenemos derecho á procurar que nuestro trabajo

sea reproductivo, y no porque admita paga, el médico necesita subvención del enfermo: ni el que vende calicot, de quien se le compra.

* * *

¿Cree alguien que la condición de un escritor no opositor es una canongía? Pues se equivoca. Haciendo oposición ha hecho casas *El Monitor Republicano*. Halagando malas pasiones, odios vulgares y ruindades, ha medrado *El Tiempo*. Si ahora caen esos dos periódicos es porque no hay talento que los infle. Pero á todas luces, el periodista que busque el lucro debe irse á la oposición, y si en ella no lo encuentra, es porque no es periodista, sino majadero.

Cuando se destruía la administración del Sr. Lerdo, brillaba el talento, ganando dinero noblemente en *El Siglo XIX*, en *El Bien Público*, en *El Ahuizote*, etc. Ese talento se escapó del *Federalista*, que pagaba bien, de las Cámaras, de la Corte de Justicia. Pero era porque una necesidad social positiva y un instinto de honradez le empujaban al otro lado. Hoy la inteligencia verdadera no se encara con el Gobierno, y se limita á advertirle cuáles son los puntos peligrosos, á ir adelante con su antorcha.

Podría esa inteligencia pasarse á la otra orilla del río, obteniendo pingües utilidades, porque en la oposición no hay cabeza, ni dirección, ni táctica, ni respetabilidad, ni plumas diestras; no cuenta más que con viejos inservibles, de camándula ó de camándulas y con muchachos de libro debajo del brazo, libro que nunca abren. Cuando el inteligente no procede de tal modo, da muestras de honradez, de cordura y patriotismo; renuncia á mayor lucro, renuncia á la aureola popular, tejida por la ignorancia pero deslumbrante siempre en apariencia; sacrifica su amor propio, su deseo de sobresalir; recibe insultos; se bate, y gana lo que gana á fuerza de trabajo, merced á su potencia intelectual, no gracias al vulgo que compra, y bien, lo escandaloso, y á la estupidez corriente que paga, y caro, lo absurdo.

* * *

El hombre inteligente, sin embargo, no ha hecho voto de pobreza, no pertenece á ninguna orden mendicante, no es un fraile descalzo. El hombre inteligente se calza, se nutre, compra libros y

para eso vende la mercancía llamada artículo. No es un sastre que le toma la medida al comprador, al cliente.

Hace un saco á su gusto y aquel á quien le viene y le conviene el saco se lo pone, esto es, lo compra. Un librero no le pregunta al comprador si es ministro, general ó presidente; si cree en la inmortalidad del alma ó en la eficacia de la gracia: vende el libro. Si lo que yo escribo con toda conciencia le parece bien al Gobierno, si le es provechoso divulgar mis ideas, no sólo tiene el derecho sino también el deber de comprar mis escritos. No es, por cierto, el comprador más pródigo, porque es infinito el número de los estultos y ese *Infinito* por el que viven subvencionados muchos, sí da en grande. Vendiendo novenas se gana más que de periodista ministerial. Con talento, la oposición es una mina.

Debe el Gobierno proteger á cierta prensa que le ayuda noblemente, y esta protección no desdora á aquel que la recibe, así como no cede en descrédito del profesor de instrucción pública en que cobre su sueldo por enseñar lo que sabe, siempre que lo sepa y siempre que sepa enseñarlo.

* * *

Subvencionado, en el sentido vulgar de esta palabra, es el impotente, el inepto, el inútil, el hongo periodístico, el parásito, el que sin saber jota de nada sienta plaza de escritor y llama hermoso al gobernante feo, para que éste le dé una limosna mensual. Subvencionado es el periodista de oposición que sin conocimientos de ninguna clase, recibe salario de su amo el editor por conducto del encomendero-administrador, y llama feo todo lo hermoso y malo todo lo bueno, obedeciendo el interés ó capricho de su déspota. Subvencionado es el que sin ser católico fervoroso y observante, clama contra la impiedad, y, á fuerza de gritar, como sacamuelas callejero, consigue vender su chalanesca mercancía, á modo de esos turcos andrajosos que suelen vender rosarios en las plazas. Subvencionados son todos esos curanderos de la prensa, todos los escritores recibidos en la universidad de Tlaxcala, todos los que burlando al Fiel Contraste literario, al Consejo de Salubridad y la Inspección de Sanidad, expenden con medidas contrahechas efectos adulterados. Pero no es subvencionado el apto, el útil, el que vende lo que

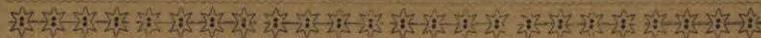
beneficia á la sociedad, y no es comprador tonto, sino hábil, el Gobierno que se convierte en parroquiano de ese mercader.



He aquí el quid para los gobernantes: escoger buenos productos intelectuales. Y, precisamente, porque éstos tienen, entre nosotros, poca demanda, el Estado tiene que alentar á los productores, no erigiéndose en Providencia, pero sí impulsando como fuerza motriz. Un pueblo que se viste de manta, cuando se viste; que ahora está empezando á aprender á leer; que compra muchas velas de cera y que no come, es pésimo marchante para el productor intelectual, á menos que éste, prostituyéndose, halague la ignorancia, el fanatismo y los vicios del marchante. Y como nadie puede negar la utilidad de esos sembradores de ideas fecundas que se llaman publicistas, el Gobierno, supliendo en este caso la acción individual, hace perfectamente en *subvencionarles*, cuando los escoge bien, así como hizo perfectamente en subvencionar los kilómetros de los ferrocarriles.

Podrá objetarse que esa subvención sólo debe recaer en publicaciones científicas, de propaganda, que esparzan los conocimientos útiles; pero esto es un error. El periódico científico, el educador, el que populariza la historia, el que difunde nociones filosóficas ó económicas, el folleto, el libro, son el resultado de una civilización superior á la nuestra.

Aquí tenemos que acudir al diario de á cinco centavos, vehículo para influir en la burguesía y al diario de á centavo, vehículo para influir en las masas. Ayudar á la inteligencia sin capital, ó sea subvencionar, es deber del Gobierno. Pero el subvencionado no es un vendido: es un hombre que vende artículos de primera necesidad, sin recurrir á la mentira, á la falsificación, al fraude que los harían más productivos para él.



SU MAJESTAD EL PERIODISTA.

Hay un artículo de Alejandro Dumas (hijo), que es una obra maestra de intención y de agudeza: el periodista. Pinta á maravillas los caimientos y las tristezas y combates de ese pobre ser, sujeto á los caprichos de un tirano que tiene cien cabezas y cien bocas, y cuya tornadiza admiración gira tan rápidamente como las ruletas. Nada le pertenece, nada es suyo; el público le paga para saber los pormenores de su vida, las intimidades de su pensamiento.

Y es preciso que todas las mañanas, como todas las noches el actor, entretenga al público, le haga reír ó llorar, según lo pida la situación, aun cuando el desaliento le entumezca ó la tristeza anuble su cerebro.

Es preciso que, consecuente con su papel, dogmatice en el gran editorial ó culebree en la traviesa gacetilla: el cajista le aguarda, los prensistas esperan, las letras de plomo le llaman desde sus celdillas, y el lector le exige el pan de la curiosidad ó la bebida del escándalo. Es la bestia que gira eternamente en el arrastre ó en la noria. Cuando está vieja, enferma ó fatigada, la dejan perecer en un rincón.

No hay suplicio ninguno comparado al que padece el periodista en México. El carpintero, el sastre ó el pintor, puede conformarse con conocer principios y reglas de su arte; pero el periodista tiene que ser no solamente el *homo duplex* de que hablaba el latino, sino el hombre que como los dioses de Walhalha, puede partirse en mil pedazos y quedar entero. Ayer fué economista, hoy es teólogo, mañana será hebraizante ó tahonero. Es necesario que sepa cómo se hace